



La real gana

Sabido es que uno de los calificativos que más les sacan de quicio a ciertas gentes es el de intelectual. Y no precisamente a aquellos a quienes se les aplica. Hay gentes, en efecto, que estiman como un desdén el que otros se llaman intelectuales, negándoles a ellos participación en la cualidad. Y hay quien ha dicho con su intención de ironía — no más que intención — que el ser intelectual no debe quitar al ser buen español. Y sin embargo...

Según Schopenhauer, sin embargo, no es la inteligencia sino la voluntad pura y desnuda, y más bien la voluntad animal, lo que distingue a los españoles. Y el filósofo pesimista prusiano, para apoyar su doctrina de que la voluntad es de origen animal, y que su foco natural está en los órganos sexuales, cita la frase española con la que se expresa de dónde creemos que nos salen las voliciones enérgicas y no razonadas. Y pudo muy bien añadir otras frases de las más castizas, cuales son: «No me da la real gana», «no me da la santísima gana». ¡La gana! He aquí una categoría eminentemente española, pero de nuestra decadencia.

Claro está que la voluntad humana es la voluntad racional, es la razón en ejercicio, aunque sea contra sí misma — hay un irracionalismo racional; — pero lo humano es algo que se eleva sobre lo sexual, sobre lo animal. La humanidad es la cualidad de ser humano, de ser hombre, de pertenecer a la especie humana fuera y aparte de diferencia de sexo, de ser racional o intelectual. Y la masculinidad, por otra parte, es la cualidad de ser macho. El macho de la especie humana comparte su masculinidad con el toro y el caballo y el carnero y el macho cabrío y el gallo, que se diferencian en ella, respectivamente, de la vaca y de la yegua y de la oveja y de la cabra y de la gallina. Y es sabido que un gallo no es más inteligente que una gallina ni un toro que una vaca. Y si venimos a las abejas y las hormigas son las neutras, las insexuales, las que demuestran más inteligencia. El zángano, el macho de la colmena, es bien conocido a este respecto.

Tenemos, pues, que frente a los intelectuales se colocan los sexuales, o si queremos los machos. Y no hay que confundir a los machos con los hombres. A tal punto, que en aquella frase histórica de «¡olé los hombres!», habría estado mejor haber dicho: «¡Olé los machos!»

En una ocasión en que el señor La Cierva se olvidó en el Congreso de dónde estaba, y salió con una de esas salidas de la virilidad o de lo que tienen los hombres — quiso decir los machos, — u otra grosería así, se le echó encima don Santiago Alba y tuvo que desdecirse.

Esa groserísima filosofía de la gana y de la masculinidad es el exponente más claro de la falta de voluntad del pueblo español, de su abulia. Porque esas gentes no saben querer; todo lo que saben es no querer.

Muchas veces hemos hablado del abúllico voluntarioso. La voluntariedad y la querencia no son voluntad. Ni la rabia es firmeza del propósito. Ni la real gana es energía de acción.

En este disolvimiento de España, no se

encuentra una mano firme que apriete los venecios que aun queden al haz que se desvencija y se desparrama. Y no se encuentra esa mano porque las que se ofrecen son de machos más que de hombres. Y los que debían hacer de palafreneros hacen de mamporreros.

¿Y los ministros? Los ministros, no pasan de «azafatos»; ni a camareros llegan. A lo sumo camarilleros.

Esa horrible filosofía parda de la masculinidad y de la antiintelectualidad rueda por España desde las alturas y nos está animalizando. Y con tanta gana estando haciendo del pueblo un ganado.

¿Se puede ser no más que macho y buen español? Según de qué España. ¡De la España puramente animal, menos aún, puramente territorial o terrestre, sí! ¡Pero de la otra España, de la España humana, universal y eterna, de esta España, no! ¡O si se quiere de otro modo: de la España natural, sí! ¡Pero de la España histórica, no! Porque esa España de los machos de la real gana, de la santísima gana, es una España prehistórica, o mejor subhistórica, troglodítica. Su tradición es una tradición cavernaria.

¡Hay que oír a un macho de esos despotricar contra los intelectuales! En cuanto lee el desdén en una mirada inteligente todo lo ve rojo y la gana se le encranca.

Y así vamos apartándonos cada vez de la humanidad, extrañándonos de la historia, enterrándonos — porque esta es la palabra, enterrarse — en una tradición cavernaria, troglodítica, animal. Enterrándonos y aterrándonos. Todo tierra, nada más que tierra. De ordinario polvo, y cuando se moja, fango.

Miguel de UNAMUNO.

